

Cabrera, Nicolás

Un quiebre en el campo: Reflexiones teóricas y éticas- metodológicas para el abordaje etnográfico en contextos de violencia(s) e ilegalidad

VIII Jornadas de Sociología de la UNLP

3 al 5 de diciembre de 2014

CITA SUGERIDA:

*Cabrera, Nicolás. (2014) Un quiebre en el campo: Reflexiones teóricas y éticas-metodológicas para el abordaje etnográfico en contextos de violencia(s) e ilegalidad [en línea]. VIII Jornadas de Sociología de la UNLP, 3 al 5 de diciembre de 2014, Ensenada, Argentina. En Memoria Académica. Disponible en:
http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.4260/ev.4260.pdf*

Documento disponible para su consulta y descarga en **Memoria Académica**, repositorio institucional de la **Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE)** de la **Universidad Nacional de La Plata**. Gestionado por **Bibhuma**, biblioteca de la FaHCE.

Para más información consulte los sitios:

<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar>

<http://www.bibhuma.fahce.unlp.edu.ar>



Esta obra está bajo licencia 2.5 de Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 2.5

Un quiebre en el campo: reflexiones teóricas y éticas-metodológicas para el abordaje etnográfico en contextos de violencia(s) e ilegalidad.

Nicolás Cabrera

El presente trabajo representa un primer intento por sistematizar un cúmulo de reflexiones teóricas, metodológicas, epistemológicas y éticas sobre la práctica etnográfica en contextos de violencia vinculados al universo del fútbol en general y a las hinchadas en particular. El disparador inicial de nuestro escrito será un “incidente de campo” (Guber, 2011) que marcó a fuego mi investigación: la fractura del metatarso de mi pie izquierdo producto de un “bastonazo”¹ de la policía de Santa Fe tras el partido disputado entre Colón de Santa Fe y Belgrano de Córdoba el 18 de agosto del 2012.

El artículo busca socializar una experiencia de campo personal en clave analítica. Se trata de aportar evidencia empírica sobre las prácticas y representaciones violentas de la hinchada² del Club Atlético Belgrano de Córdoba al mismo tiempo que indagamos multidimensionalmente en el oficio etnográfico en contextos de violencia e ilegalidad. Nos proponemos avanzar en nuestra investigación mientras reparamos en las condiciones de producción y reproducción de nuestra práctica científica. Aquí no pretendemos esbozar un bosquejo autoetnográfico, ni pecar de excesiva autoreferencialidad, sólo buscamos socializar una experiencia de campo biográfica en la que toda la sensibilidad corporal del investigador opera como herramienta insustituible en la producción de conocimiento (Wacquant, 2006)

El texto se estructura en tres apartados: en el primero narraremos la crónica del antes, el durante y el después del “incidente” tratando de retratar una “descripción densa” de lo sucedido. En el segundo volcaremos algunas reflexiones teóricas- metodológicas sobre la(s) violencia(s) registradas y analizadas, y pensaremos en la influencia que tienen éstas en los mecanismos de membrecía que configuran a la hinchada y en mi estatus en el campo “post-incidente”. En el tercer apartado expondremos algunos dilemas éticos- metodológicos que se desprenden de nuestro oficio etnográfico en general y de las condiciones específicas de

¹ Me refiero a los bastones de madera engomada que la policía utiliza para tareas represivas. Dentro de la fuerza se los conoce bajo las denominaciones de “bastones”, “tonfas” o “PR- 24” (“P” de protección, “R” de reducción y “24” por la medición de 24 pulgadas que generalmente tienen).

² Utilizaremos las nociones nativas de “hinchada” o “barra” para referirnos a uno de los grupos de simpatizantes organizados en torno a un club comúnmente definidos como “barras bravas”

nuestros campos atravesados por violencias e ilegalidades en particular³. A modo de cierre repararemos en la importancia y utilidad de trabajos académicos de esta naturaleza.

I

Tiempos violentos

El partido que iban a disputar Colón de Santa Fe contra Belgrano de Córdoba por la tercera fecha del Torneo Inicial Capitana Evita, iba a jugarse el día viernes 17 de Agosto del año 2012 a las 21 hs en el estadio de Colón. En la previa del partido ya se había generado una mediática polémica porque la policía santafesina había pedido que el horario del partido se adelantara por considerarlo un encuentro de “alto riesgo” por la histórica enemistad entre las dos hinchadas⁴. Finalmente por presiones de la televisión la petición policial fue desoída y el horario se mantuvo.

La hinchada de Belgrano, como en todas las “previas” antes de los viajes, se reunió en el territorio que mayor densidad simbólica tiene según su propio universo moral: el estadio del club ubicado en el barrio de Alberdi (Cabrera, 2014). Hacia allí me dirigí para viajar una vez más con ellos. Entre diálogos, bromas, música rockera y cuartetera, bebidas alcohólicas y el consumo de estupefacientes por parte de algunos, aproximadamente 120 personas, todos hombres jóvenes y adultos, esperábamos para subir a los ómnibus. En Córdoba había llovido toda la noche y en Santa Fe lo mismo, la suspensión del partido era una opción. Beto⁵, quien representa la máxima autoridad de la hinchada en tanto organización estrictamente vertical y

³Cabe resaltar que dicha ponencia se inscribe en el marco de mi proyecto de investigación para el doctorado en Antropología de la Universidad Nacional de Córdoba. Si bien el “incidente” ocurrió durante el trabajo de campo para mi tesis de grado en Sociología, entre ambos proyectos hay una fuerte continuidad –más de referente empírico que de recorte temático– por lo que me resulta dificultoso desligarlos. Al mismo tiempo, el hecho de que todavía continúe en el campo y con los informantes donde el incidente ocurrió, no hace más que dar un carácter parcial, inacabado y expectante a las reflexiones aquí vertidas.

⁴ Entre las hinchadas argentinas se tejen relaciones de enemistad o amistad partir de los dos siguientes preceptos normativos: “el enemigo de un amigo es mi enemigo” y “el amigo de un enemigo es mi enemigo” (Moreira, 2005). A la luz de estas prescripciones se comprende la histórica enemistad entre las hinchadas de Belgrano y Colón ya que durante mucho tiempo la primera fue “amiga” de la hinchada de Unión de Santa Fe, “enemiga” tradicional de la barra de Colón..

⁵ Para mantener el anonimato de mis informantes han sido cambiados todos sus nombres o apodos reales. Betocomanda su facción hace más de 25 años y desde el 2010 aproximadamente es el principal líder de la hinchada por la posición hegemónica de su propio grupo.

jerárquica, nos juntó a todos antes de salir y nos dijo “acabo de hablar con el jefe del operativo y dice que en Santa Fe está lloviendo una banda y no saben si va a parar, la cancha tiene buen drenaje pero el partido está en duda, yo voy a salir, el que quiere venir que venga pero sepa que yo a los choferes les tengo que pagar, si el partido se suspende la plata se pierde, de última vemos si nos vamos a un campo y comemos un asado, ¿Que quieren que hagamos, vamos?” la respuesta afirmativa fue unánime. Inmediatamente los miembros de la hinchada empezaron a entonar la canción de “la gloriosa banda de Los Piratas⁶” a medida que subíamos a los colectivos.

El viaje fue una permanente circulación de rumores sobre la suspensión o no del partido. Varios hacían alarde de sus “contactos” para tener primicias sobre el tema. Esto último es bastante común ya que muchas veces en la hinchada la acumulación de prestigio y reconocimiento interno no solo pasa por las competencias físicas para el enfrentamiento violento sino también por la capacidad individual de tejer redes de reciprocidades con alteridades que, por motivos afectivos o instrumentales, se vuelven interlocutores legítimos para los miembros de la hinchada (Garriga Zucal, 2007).

Después de casi cinco horas de viaje y a menos de 50 kms de Santa Fe llegó la noticia final: el partido se suspendía y se reprogramaba para el día siguiente a las 18: 10. Nadie se notó muy molesto, había una permanente arenga de que al otro día teníamos que ir igual. Inclusive subió Beto al bondi y nos dijo “loco el partido se suspendió y se juega mañana, arreglé con los choferes que nos cobren 3.000 pesos, será 50 más cada uno... mañana hay que venir, hay que venir como sea”. Nuevamente arenga y respuesta unánime. Por segunda vez observe que “la voz” de Beto refleja en Los Piratas un tipo dominación altamente legitimado ya que, en términos weberiano, encuentra altas probabilidades de obediencia para sus mandatos específicos (Weber, 1994).

El partido se reprogramó para el sábado 18 de Agosto a las 18: 10 en la cancha de Colón. Salimos, como siempre, de la cancha de Belgrano. Los Piratas Celestes de Alberdi habían llenado tres bondis, lo mismo que el día anterior. Durante el viaje nos llegaban los rumores de los incidentes que habían tenido otros hinchas de Belgrano –no miembros de la hinchada– al arribar a Santa Fe: robos, represión policial, destrozos de autos y piedrazos. Las distintas versiones coincidían en que la policía había “liberado” –por voluntad o simple negligencia– las zonas aledañas al estadio e hinchas de Colón “emboscaron” a simpatizantes

⁶ “somos de la gloriosa banda de los piratas/la que va todos partes se aguanta los quilombos/ a pesar de los años los momentos vividos/ sigo estando a tu lado che Belgrano querido, che Belgrano querido”.

de Belgrano. Lejos de amedrentar a los miembros de la hinchada, o se lo tomaban sin asombro y naturalidad, casi con indiferencia, o despertaba cierta exaltación. A veinte minutos de la cancha de Colón nos juntaron a todos los colectivos de la barra que sumando a los de las otras facciones⁷ daban un total de siete bondis. Nos demoraron y nos requisaron individualmente, después al colectivo, no encontraron nada que nos comprometiera. Llegamos a la cancha de Colón con el partido empezado. La “primera línea” de la barra estaba preocupada de que ningún miembro ingresara solo y aislado, “todos juntos” gritaban enfáticamente. En los 200 metros que transitamos desde los colectivos nuestros hasta el ingreso al estadio, tuvimos que caminar por las calles del barrio Fonavi de Santa Fe, una barriada compuesta sólo por monoblocks de tres pisos desde los cuales nos arrojaban proyectiles. Los de la “primera línea” que iban adelante nos arengaban a que no contestemos porque debíamos ingresar al estadio ya que el partido estaba comenzado, y que caminemos “tranquilos” cantando los siguientes cánticos.

A	B	C	D
hola Colón que tal/ cómo te va/ es el pirata que te viene a visitar/ aguante no tenes ya lo sabés/ vos sos la hinchada más puta de Santa Fe	vamos vamosvamos los piratas/ la banda está alentando/ con vos en todas las canchas/ sólo te pido que vaya al frente/ que juegue a lo Belgrano/ que lo pide la gente/ no se compara, esta es la gloriosa primera barra/ es diferente, vayas donde vayas estará presente	ohohohoh el que no salta es de Colón/ oh ohohoh el que no salta es de colón/ hay que alentar hasta la muerte/ porque a Belgrano yo lo quiero porque fue mi amor primero lo llevo en el corazón/ no somos como el cervecero que anda siempre en patrullero de la mano del matador.	esta es la primera barra/ se la aguanta de verdad/ si les queda alguna duda/ que nos vengan a buscar

El aguante en acción

Durante toda la jornada la violencia fue *ubicua, generalizada y sistemática*. Desde el comienzo del partido nos arrojaban proyectiles (piedras y baldosas) desde el sector de la platea y de los mismos edificios adyacentes a nuestra tribuna, lo cual derivó en varios heridos,

⁷ En otros trabajos ya explicamos el complejo universo interno de la hinchada de Belgrano compuesto por facciones y subgrupos, sin embargo, en los mismo textos, plasmamos cómo estas mismas divisiones internas se desdibujan frente a las alteridades externas con el objetivo de presentar a la hinchada como una unidad monolítica (Cabrera, 2013a)

entre ellos pude ver a una mujer y un joven de casi veinte años con tajos en la cabeza y ensangrentados. El partido seguía con naturalidad y la mayoría de los hinchas de Belgrano también, estos sólo se limitaban a cantar canciones en contra de Colón y responder esporádicamente con alguna piedra pero la mayoría estaba alentando y viendo el partido. Beto frenaba las canciones demasiado agresivas. En un determinado momento del segundo tiempo, un hincha de Belgrano irrumpió en la platea de Colón con la intención –sin éxito– de robar un “trapo” de Colón. Ya varios autores han demostrado el intenso valor simbólico de las banderas que nativamente son consideradas “trofeos” vinculados al honor, la reputación y el aguante de una hinchada, por ende, las posibles consecuencias que se desprenden de dicha transgresión normativa (Moreira, 2005; Garriga Zucal, 2007; Gil, 2007). Minutos después de aquel episodio, se vio que parte de la hinchada de Colón abandonaba abruptamente la popular y se dirigía al sector de la platea que colindaba con nuestra tribuna. Ahora desde la platea parte de los plateistas y parte de la barra de Colón nos tiraban proyectiles con mayor intensidad. Inmediatamente Los Piratas respondieron. Era un intercambio sistemático y generalizado. Minutos después se abre el portón de rejas que divide ambas tribunas e irrumpe la policía a nuestra tribuna a punta de bastones y balas de goma de forma indiscriminada. Gran parte de los espectadores de Belgrano abandonan la tribuna, la hinchada no, “se paró”. Se desata un enfrentamiento en la popular visitante entre la hinchada de Belgrano y la policía que lleva a que el árbitro suspenda momentáneamente el partido. Algunos miembros de la barra comenzaron a romper el alambrado y reclamar ante los jugadores y algunos medios de comunicación su bronca e indignación por lo que había sido el trato de la policía, no escuche protestas en relación a la hinchada local. Algunos jugadores preguntaban por sus familias que estaban en la tribuna. Los bomberos intentaron sin éxito neutralizar a los hinchas de Belgrano con mangueras de agua de alta presión. Mientras tanto en el campo de juego los jugadores de Belgrano se peleaban con algunos jugadores de Colón y con los bomberos. Simultáneamente en la platea de Colón, otros simpatizantes del club local agredían a periodistas cordobeses al mismo tiempo que les robaban parte de sus equipos técnicos.⁸

Calmadas un poco las aguas dentro del campo de juego, el partido se reanudó mientras en la tribuna la violencia continuaba. Pero en un determinado momento, en la tribuna

⁸ Como resultado del enfrentamiento entre jugadores contra bomberos y de periodistas cordobeses contra plateistas de Colón, el jugador y capitán de Belgrano Juan Carlos Olave y los periodistas de Radio Sucesos Córdoba, después del partido estuvieron demorados en dependencias policiales de Santa Fe. Recientemente Olave fue procesado por la justicia santafesina por “lesiones graves y dolosas” más un embargo por 100 mil pesos ya que se le imputó agredir físicamente a un bombero.

visitante, de forma muy repentina, la policía avanzó en bloque corriendo hacia nosotros, lo que nos hizo evacuar la tribuna. Esto produjo una especie de estampida humana ya que la policía nos “corría”, primero por el ingreso/egreso de la tribuna que no tenía más de tres o cuatro metros de ancho, y posteriormente por las adyacencias del estadio en donde habían armado un pasillo de las mismas dimensiones. Mientras que nos iban literalmente corriendo – no a todos ya que gran parte de la hinchada “se paró” para enfrentar cuerpo a cuerpo a la policía– a palazos y balas de goma, desde los monoblock nos seguían arrojando proyectiles. El escenario definitivamente invitaba a la desesperación. En ese escenario, yo corría hacia los colectivos de la barra cuando delante mío se cae un hincha de Belgrano bastante corpulento y ocasiona que yo me tropiece con él. Trastabillo y caigo boca arriba porque iba mirando al policía que me perseguía a mí y a tantos otros. Cuando quedo tendido en el piso boca arriba y con las piernas al aire, un policía viene corriendo y me pega un “bastonazo” en mi pierna izquierda entre la planta del pie y el empeine. Instantáneamente siento la lesión del hueso e intento levantarme pero no podía pisar. El policía me gritaba y seguía amagando con el bastón para que corriera, yo intenté como pude seguir aunque el dolor era muy intenso. Fue el momento más traumático. El policía seguía amagándome y gritándome “movete la concha de tu madre”, de los monoblocks seguían tirando cosas y yo con un dolor que me impedía caminar. En ese momento otro hincha de Belgrano me ve con problemas, me auxilia y con su ayuda llego hasta el colectivo.

Tenía el pie inflamado y dolorido. Era imposible solicitar asistencia médica en ese momento. Irse de la cancha era la urgencia. Ya en la ruta, como a 100 km de Santa Fe nos atendió una ambulancia a los heridos de los colectivos. Entre heridos de bala de goma, pedrazos y palazos éramos aproximadamente diez. La doctora miró el pie y sentenció rápidamente: “fractura o fisura”. Al volver al colectivo veo que Beto sube y pregunta “¿dónde está el chico golpeado del pie?” (Él no sabía mi nombre). Me encara y me dice “¿Cómo estás? Cuando llegues a Córdoba anda al médico, pedí factura y ticket, la barra se hace cargo de todos los costos y de tu tratamiento”. Durante el viaje todos contaban su experiencia personal de “combate”, sobre todo los que tenían marcas o testigos sobre los cuales apoyar su testimonio. La experiencia violenta que se puede capitalizar al interior de la hinchada, es decir aquella que deja de ser “chamuyo” y se transforma en “aguante”, es la que puede ser corroborada empíricamente. En este sentido las “marcas” o “cicatrices” y también los testimonios de terceros operan como pruebas materiales de una efectiva participación en los “combates”.

Mientras tanto, ya en el colectivo, todos los miembros de la hinchada narraban sus experiencias personales, y lo hacían fundamentalmente enfatizando en la bravura, la resistencia, la destreza física y la competencia para el “combate” de cada uno, era recursivo de cada relato escuchar que se habían “parado”, que no “corrieron”, que la “ganaron” y que se la “aguantaban”. Entre Los Piratas primaba una interpretación generalizada de lo ocurrido: había una valoración positiva ya que la hinchada había “demostrado” que se la “aguantaba”. Al mismo tiempo en los mismos testimonios había una descalificación y degradación moral de la policía santafesina y de la hinchada de Colon por su supuesta cobardía, falta de hombría, carencia de “códigos” e incompetencias para el enfrentamientos físico. Las nociones nativas de “cagones”, “putos⁹”, “pisa cocos”, “vigilantes” y “cachivaches” eran recurrentes para describir a los contrincantes. Estas alteridades (la hinchada de Colón y la policía santafesina) eran definidas por oposición y carencia en relación a como Los Piratas se autorepresentaba. Se construía una dicotomía simbólica e identitaria fundamentada en la experiencia práctica-corporal de la violencia, en la que la que la noción nativa de “aguante” operaba como eje articulador: “nosotros con aguante”- “ellos sin aguante”

En ese marco yo me encontraba profundamente dolorido, preocupado, taciturno y ansioso por llegar a Córdoba para ir a un hospital, pensar que me distanciaban de ese objetivo 350 kilómetros y más de 5 horas de viaje no hacía otra cosa que inquietarme. En eso me encara Fabio, un referente de la barra con el que nunca había dialogado y del cual dudaba que supiera quién era yo, se me acerca y me dice: “acá muchos se la cuentan pero fuimos pocos [con su mano derecha me señalaba y se señalaba continuamente] los que nos paramos”

La repercusión del enfrentamiento en general y de mi caso en particular fue tan grande como sorpresiva. El saldo del “incidente” había sido una fractura del metatarso primero, lo cual derivó en una cirugía y la colocación de tres dispositivos de fijación (“clavos”) de titanio. Pie enyesado y cerca de 2 meses de reposo y rehabilitación. En las redes sociales se viralizó intensamente unas fotos mías enyesado y me llamaron de algunos medios de comunicación. Yo traté de minimizar el hecho porque sabía que podía entorpecer la relación con mis informantes, los miembros de la hinchada son muy reticentes a los medios de comunicación. Por las mismas redes sociales se solidarizaron hinchadas “comunes” de Belgrano pero también varios integrantes de la barra. Pero lo más sorprendente fue que a los dos días de lo sucedido me llama por teléfono Beto, con quien nunca había interactuado “mano a mano”. Me saluda por mi nombre (por primera vez me *reconoce*), pregunta como estoy y que necesito, ofrece

⁹ Para profundizar en el análisis de las vinculaciones entre masculinidad, corporalidad y aguante en la hinchada de Belgrano ver (Cabrera, 2013b)

venir a mi casa y “mandar gente” al hospital cuando me operen, yo sólo agradezco. Después de esas breves palabras se despide diciéndome: “cualquier cosa que necesites avísame y te esperamos en la cancha”.

El 21 de Septiembre del mismo año volví en silla de rueda para el partido de Belgrano vs Godoy Cruz de Mendoza en el “Gigante de Alberdi”. La policía no me dejaba entrar a la tribuna popular por estar en esa condición, querían que fuera a la tribuna platea. Yo lo llame a Beto. A los pocos minutos llego hacia mí, me saluda eufóricamente, me pregunto cómo estaba y llevándome él se hizo paso entre los policías hasta que ingresamos a la tribuna popular. Una vez adentro varios miembros de Los Piratas me saludaban por primera vez. Sergio, uno de los referentes históricos de la hinchada, después de simular que mi silla de rueda era un auto de carreras, me llevo hacia el alambrado que separa la tribuna del campo de juego y me dijo: “quedate tranquilo que acá nosotros te cuidamos”

II

Violencia (para todos), membrecía (para pocos) y reflexividad (para mí)

Tardé varias semanas en traducir aquellos turbulentos episodios en datos de análisis, obviamente el ocio de la rehabilitación fue de gran ayuda. Lo experimentado no sólo hablaba de mí, lo hacía también sobre el fenómeno que estudio, sobre la práctica científica en si y sobre la relación con mis informantes y el campo. En este apartado uniremos experiencia vivida, rigurosidad analítica y reflexividad epistemológica. Someteremos algunas premisas que imperan en el campo de “la violencia en el fútbol” al rigor de la evidencia empírica aportada por mi “incidente”.

La ubicuidad de la violencia

La crónica nos aporta datos para impugnar las explicaciones hegemónicas en torno a la “violencia en el fútbol” enarboladas por los emprendedores morales del campo. Dichas lecturas se construyen sobre dos supuestos fundamentales: la violencia sería monopolio de “barbaros, “salvajes” y “primitivos” grupos denominados “barras bravas”; y el móvil de dichas prácticas seria la búsqueda de réditos económicos por los grupos en cuestión, en otras palabras, “se pelean por negocios”.Ambas premisas desnudan su carácter contrafactico a la luz de la experiencia narrada anteriormente. Los sucesos expuestos muestran el carácter

cotidiano, sistemático, generalizado y ubicuo de la(s) violencia(s) en la que todos los actores protagonistas del espectáculo futbolístico –jugadores, dirigentes, funcionarios públicos, “hinchas comunes”, fuerzas de seguridad, periodistas, empresas televisivas y, claro está, “barras”– son sus productores y reproductores.

La connivencia de funcionarios estatales con empresarios de la televisión que priorizaron el negocio televisivo sobre la petición policial en torno al horario del partido; los plateístas de Colón arrojando sistemáticamente proyectiles a la tribuna visitante y agrediendo y robando a periodistas cordobeses que devolvían con las misma moneda; miembros de la hinchada e “hinchas comunes” de Belgrano respondiendo los proyectiles recibidos; jugadores de ambos equipos y bomberos agrediendo físicamente en el campo de juego a tal punto que el capitán de Belgrano impactó un golpe de puño sobre un bombero, días después gran parte de los hinchas de Belgrano y de la prensa cordobesa celebraban la “hombría” y el “amor a la camiseta” que expresaba la acción del jugador en cuestión; antes, durante y después del partido la policía reprimiendo salvaje e indiscriminadamente y liberando zonas; y autoridades dirigenciales más preocupadas por endilgar culpas ajenas que asumir responsabilidades propias.

En resumen, las hinchadas de ambos equipos fueron un eslabón más en una larga cadena de episodios violentos, sin embargo los comentarios sobre los incidentes redundaban en torno al “problemas de las barras bravas”. En otro texto (Alabarces y otros, 2013) nos referíamos a como la matriz cultural del fútbol –la cultura del aguante– es una cultura de la violencia en la que ningún actor permanece inmaculado. Redistribuir responsabilidades sería un buen primer paso en pos de un diagnóstico más integral del fenómeno de la “violencia en el fútbol”

Sin embargo, aunque todos los actores futbolísticos protagonicen episodios violentos, no todos ellos representan y valorizan a las prácticas violentas de la misma manera. Para la hinchada de Belgrano, y para tantas otras según estudios similares (Moreira, 2005; Gil, 2007 y Garriga Zucal, 2007), las prácticas violentas, asociadas nativamente con la noción de “aguante”, están positivizadas axiológicamente y operan como un recurso legítimo a la hora de construir identidades en distintos planos. Esto demuestra que la(s) violencia(s) que protagonizan los miembros de la hinchada de Belgrano no puede reducirse a una lógica de racionalidad económica-mercantil tal como lo plantea la explicación hegemónica objetada anteriormente. Si recuperamos las prácticas y representaciones puestas en juego por los miembros de la hinchada durante los episodios registrados, podremos reintroducir la dimensión simbólica que la(s) violencia(s) condensan para nuestro referente empírico. Para

ello resulta imprescindible desmenuzar la pluralidad semántica y registrar la recursividad en el uso de la noción de “aguante” entre nuestros nativos.

En un primer sentido podemos ver que los enfrentamientos físicos fueron valorados positivamente por los miembros de la hinchada porque para ellos “demostraron aguante” en varias oportunidades y por distintas razones: cuando decidieron viajar en cantidad al otro día a pesar de la suspensión del partido y a una “cancha” donde era fácil predecir un desenvolvimiento violento por los antecedentes históricos. Aquí “el aguante” se expresa como fidelidad al equipo frente a condiciones adversas pero también como predisposición, o al menos una no reticencia, al enfrentamiento violento. También porque la hinchada enfrentó cuerpo a cuerpo a dos alteridades bien categorizadas en el ranking imaginario del aguante (Alabarces, 2004) como lo son la hinchada de Colón y la policía santafesina, y como plusvalor esto se dio en condición de “visitante”, es decir, en una provincia lejana y ajena, en un estadio “peligroso” y bajo una significativa inferioridad numérica. Y como último punto cabe mencionar que para Los Piratas el saldo del “combate” fue positivo ya que no dejó daños o pérdidas relevantes debido a que no hubo que lamentar ni víctimas fatales ni robos de “trapos” o “bombos”. Aquí el “aguante” significa competencias e idoneidad para los enfrentamientos físicos. En resumen, desde su “concepción del mundo” la hinchada de Belgrano “demostró aguante” –este es un recurso que necesita comunicarse, exhibirse y exponerse ya que no se trata de “una cosa” sino de una relación social– que se tradujo en un aumento, tanto para el adentro como para el afuera, del prestigio, el respeto, el honor y la reputación de Los Piratas. Lejos de capitalizaciones monetarias a la violencia le subyacían botines simbólicos¹⁰.

Pero el “aguante demostrado” en Colón también operó en otro sentido, sirvió como un nuevo rito de institución (Bourdieu, 2010) que delimitó membrecía y reconfiguró subjetividades. El mejor ejemplo de lo anteriormente dicho está dado por el viraje de mi estatus en la hinchada desde la perspectiva nativa después de mi “incidente de campo” y todas las consecuencias que se derivaron de dicha transformación. Hubo una bisagra total. Para mis informantes yo no era el mismo, evidentemente para mí tampoco. Se trastocaron los vínculos entre mí en tanto sujeto-investigador, el campo y mis informantes, pero ¿hasta dónde? ¿de qué manera? La reflexividad (Guber, 2011) resultaba tan imperiosa como necesaria. He aquí

¹⁰Esto no quiere decir que ciertas capitalizaciones simbólicas en otros contextos espaciales y temporales no puedan ser traducidas en beneficios económicos. Sin embargo lo que aquí se discute es lo problemático de trazar una etiología unilateral entre prácticas violentas y móviles estrictamente económicos.

algunos de los vericuetos teóricos, metodológicos, epistemológicos y éticos que dicha transformación acarreo.

El quiebre en el campo

Mi “incidente” fue un quiebre en el campo, metafórica y literalmente. Se modificó mi estatus entre los integrantes de la hinchada como también mi propia subjetividad. Antes del episodio mi presencia en el campo para los nativos era “irrelevantemente familiar” (Guber, 2011:113) ya que yo asistía sistemáticamente a la cancha en calidad de hinch de Belgrano desde temprana edad y esporádicamente frecuentaba con la hinchada, en otras palabras, era una “cara” familiar sin llegar a ser miembro de la hinchada. Después del incidente, y fundamentalmente las semanas subsiguientes, cobré un cierto protagonismo entre algunos de los miembros que hasta el momento se me presentaba inédito. Ahora algunos me reconocían, me saludaban, me llamaban, me invitaban a tocar “el bombo”, me incentivaban a viajar, me vendían ropa propia de la barra y si bien no eran todos los miembros de la hinchada ya que para gran parte de ellos seguía siendo un sujeto desconocido –o al menos eso me demostraban –, este nuevo reconocimiento estaba dado por muchos “barras” que antes me ignoraban.

Siguiendo los antecedentes etnográficos en la materia, las conclusiones parciales que arrojaba mi investigación y la experiencia personal inmediata, empezaba a cobrar vigor un interrogante crucial en mí: lo ocurrido en Santa Fe ¿podía tratarse de un ritual de institución en la medida en que instituía una “diferencia duradera” (Bourdieu, 1993: 113) que permitía consagrar mi pertenencia a la hinchada como un miembro más? Durante algún tiempo creí que sí. Que el ser reconocido como “aguantador” a la luz de una experiencia violenta era condición exclusiva para la membrecía. Sin embargo posteriormente seguí –y sigo– encontrando barreras identitarias que me obligan a reflexionar en dos direcciones entrelazadas: los mecanismos de aceptación de membrecía en Los Piratas y mi verdadero estatus en el trabajo de campo.

Si bien gracias a las repercusiones del incidente puedo acceder y participar a rituales antes herméticos para mí y también cuento con el reconocimiento de miembros importantes de la hinchada, otras prácticas y espacios afirmativos de membrecía se me siguen presentando de difícil acceso: reuniones periódicas, actividades socializadoras ajenas a los partidos (asados, pintadas de “trapos”, ensayos de la “música de la barra”, partidos de fútbol, salidas nocturnas, idas al entrenamiento del equipo, viajes de “infiltrados” a los partidos de visitante,

etc.), interacciones “cerradas” en redes sociales y la posesión gratuita de bienes identificados con la hinchada (carnets y ropa del club o específica de la hinchada)

Ahora bien, estas fronteras de pertenencia no son solo construidas unilateralmente por los miembros de la hinchada hacia mi persona, yo también me encargué de trazarlas. Nunca fue ni es mi intención ser identificado por mis nativos como miembro de la hinchada. Dicha decisión responde tanto a cuestiones éticas como de “sentido práctico etnográfico” (Auyero y Grimson, 1997). Además pretenderse “un par” implica asumir una ficción epistemológica que diluye las asimetrías e intereses estructurales de la relación investigador- informantes, aunque las lógicas diferenciales de poder no siempre favorezcan al mismo polo ya que el “favorecido” siempre depende de cada contexto y situación.

Lo que estoy tratando de afirmar a partir de mi experiencia de campo es que la participación efectiva y reconocida en un enfrentamiento violento, que inclusive posteriormente es capitalizado exitosamente como demostración de “aguante” por la comunidad, es una condición necesaria para afirmarse como miembro de Los Piratas pero no es suficiente. La pertenencia está contenida en la violencia pero la excede. Además de ella –la violencia– es imprescindible participar activamente en otras instancias y prácticas que también delimitan pertenencia. En resumen, podemos pensar que existen dos vías diferentes – y tal vez jerarquizadas– pero complementarias para convertirse en un miembro efectivo de Los Piratas: una vinculada al “*tener aguante*” y otra referida al “*estaren la barra*”. En el primer caso se trata de responder satisfactoriamente frente aquellas “pruebas” en las que grupalmente se demandan ciertas exposiciones corporales de competencia e idoneidad para los enfrentamientos violentos. Durante mi trabajo de campo hubo varios momentos de estos pero no podría hablar de que sean ni cotidianos ni sistemáticos, sin duda el episodio con Colón fue el máximo exponente. Por el otro lado tenemos espacios, interacciones y rituales socializadores más frecuentes y cotidianos que si bien están atravesados por una cultura del aguante en tanto concepción del mundo socialmente compartida, no pueden ser reducibles a la violencia. En estos casos se trata de “estar” demostrando cierto compromiso, responsabilidad y perseverancia individual con las actividades de la barra. Se trata de darle espesor a la hinchada en tanto “*organización*”. Estos rituales implican experiencias compartidas que se traducen en lazos, universos morales y adscripciones identitarias que configuran una pertenencia en común. Ambas vías tienen como elemento coincidente la centralidad de la corporalidad de los sujetos: en los dos casos la idea de “poner el cuerpo” es insustituible. Inclusive son tan interdependientes que muchas veces aparecen indisolublemente ligadas, por ejemplo cuando se exige “estar con la barra en momentos de broncas, quilombos o combates”.

Sin embargo en los dos mecanismos existen criterios morales y temporalidades disímiles entre si, mientras que la primera parece ser menos frecuente, la segunda presenta una cotidianeidad que se evalúa día a día, semana a semana, fecha tras fecha.

La convivencia de ambas lógicas hace que la membrecía a la hinchada muchas veces no esté determinada por un episodio de inflexión como los “ritos de iniciación”¹¹ sino que responden a una lógica más procesual, cotidiana y sistemática donde la violencia ocupa un rol central pero no monopolístico. Donde no solo se trata de demostrar “aguante” sino también un rol activo en la “organización” de la hinchada “estando” en sus prácticas. De lo anteriormente dicho se desprende mi imposibilidad de ser hoy reconocido y autopercebido como miembro de la hinchada, ya que si bien cumplí con las expectativas y prescripciones en lo referido a la primera lógica, no lo hice en relación a la segunda.

Ahora bien, ¿Qué consecuencias prácticas tiene en nuestro oficio etnográfico reparar en cómo nos autorepresentamos y somos representados por nuestros nativos? La autopercepción de nuestra situación en el campo y la forma en la que somos identificados por nuestros nativos van a condicionar la naturaleza del dialogo intersubjetivo que caracteriza a todo enfoque etnográfico y a la misma producción de datos empíricos (Auyero y Grimson, 1997). Entonces, una representación confusa sobre mi lugar y mi rol en el campo probablemente deriven en un dialogo etnográfico ambiguo y hasta problemático. Estoy convencido en la necesidad y fertilidad de un involucramiento científico de “carne, nervio y sentido” (Wacquant; 2006: 15) y más en los casos donde se trata de recuperar los sentidos de prácticas y actores vinculados a la violencia o la transgresión, ya que generalmente están mutilados en su racionalidad por discursos estigmatizantes y exotizantes. Pero allí donde existe la necesidad también reina el peligro. Aunque Rodgers (2004) ya nos previno del fuerte carácter seductor de la violencia parece haber subestimado el de los “violentos”. La tentación a percibirse “como uno” o como “parte” de estos colectivos está presente, y más cuando a uno lo unen pasiones o gustos en común, experiencias emocionalmente intensas o reciprocidades de tipo material o afectiva. Sin embargo la reflexividad debe imponerse, no solo por los vericuetos éticos de blanquear nuestra situación, responder a quienes nos financian o sobrevivir a nuestra propia moral, sino porque, además, la calidad académica de nuestros esfuerzos está supeditada a ello. Sigo creyendo que para una comprensión integral y profunda de los fenómenos sociales es menos relevante el grado de involucramiento con nuestros

11 Diferente a lo que pasa en otro tipo de organizaciones vinculadas a la transgresión como lo son las “pandillas” nicaragüenses (Rodgers, 2004) o los vendedores de crack del Harlem (Bourgois, 2010).

nativos –sin menospreciar esta virtud– que la capacidad analítica de un etnógrafo orientado por la teoría y la reflexividad epistemológica.

III

Algunos dilemas éticos- metodológicos en contextos etnográficos de violencia

Siguiendo a Noel (2011) podemos decir que nuestro trabajo etnográfico sobre las prácticas y representaciones violentas en la hinchada supone una multiplicidad de dilemas éticos- metodológicos que responden a tres condiciones estructurales de nuestra práctica científica: la propia naturaleza del investigador en general y el oficio etnográfico en particular, el agravante de estar inmiscuido en un contexto de violencia e ilegalidad y nuestro propio carácter de actores morales (Noel, 2011: 127). En este pequeño apartado volcaremos temores, interrogantes, reflexiones, decisiones, consecuencias y alguna que otra premisa que se desprenden de la subjetividad, el cuerpo y la moralidad del investigador puesta en acción en contextos violentos.

Emocionalidad y seguridad en el oficio etnográfico

¿Hasta dónde y de qué manera conviene involucrarse en contextos etnográficos atravesados por violencias e ilegalidades? Sin duda estamos frente a un dilema ético-metodológico¹² de fácil formulación pero de muy difícil respuesta. Lo primero a tener en cuenta es que en estos casos el cuerpo del investigador, en toda su dimensión “moral y sensual”, representa un recurso insustituible en tanto “herramienta de investigación y vector de conocimiento” (Wacquant, 2006: 19). Esto nos lleva a dos dimensiones ineludibles e indisolubles dada la naturaleza de nuestros campos de acción: la integridad física del investigador y su emocionalidad.

El “estar allí” en nuestros casos involucra riesgos que muchas veces pueden tener desenlaces no deseados. A veces son fáciles de predecir o evitar, en muchos otros casos no. La mera presencia, real o imaginada, de peligros latentes colocan la emocionalidad de

12 Entendemos por dilemas éticos- metodológicos a toda “situación que pone en cuestión nuestro universo moral de forma tal que exige de nosotros una respuesta (aunque respuesta pueda ser la inacción)” (Noel, 2011: 128)

investigador en un estado de alerta permanente. Resulta vital indagar en ellas porque generalmente permanecen eclipsadas en tanto causa fundamental de nuestras decisiones de campo o textualidad. Aquí profundizaremos en un conjunto de emociones que en forma caótica, asistemizada, intempestiva y espasmódica operaron en la secuencia de decisiones personales que derivaron en mi infortunio “incidente de campo”.

Garriga Zucal (2012) reflexionó sobre el miedo en tanto emoción recursiva durante su trabajo de campo con la hinchada de Huracan. Sus temores recaían principalmente en la posibilidad de ver afectada su integridad física. Sin duda mi caso es similar, pero no se puede decir que siempre fue igual. Al comienzo de mi trabajo de campo mi temor principal estaba depositado en mis nativos. Me amedrentaban terriblemente las reacciones que podían despertar mis intenciones científicas. Suponiendo una especie de código omerta, presentía que mi fisgoneo e intromisión sistemática estaban condenadas a una respuesta violenta, sin embargo eso, hasta el momento, nunca sucedió. No estoy exento de confusiones, malentendidos, desconfianzas y hasta enojos en mi haber de campo pero nunca estuve próximo a un desenvolvimiento violento por esos motivos.

A medida que avanzaba en mi trabajo de campo y blanqueaba mi situación, ese temor inicial empezó a disiparse. Inclusive también disminuían mis miedos frente a las alteridades violentas de Los Piratas, principalmente las más amenazantes cuando uno viaja de visitantes, es decir, la hinchada local y la policía. Esta incipiente seguridad posiblemente estaba dada por una progresiva naturalización del riesgo y una sensación de protección encontrada en los miembros de Los Piratas con los cuales cada vez tenía más confianza. Se llegó a un punto en el que prácticamente el temor por mi integridad física había desaparecido, lo que me motivo a embarcarme en “viajes” de altísimo riesgo como lo fue el de Colón de Santa Fe y tantos otros más. Ciertamente ese día, en la previa, no tenía miedo. Inclusive después de los episodios del día anterior al partido que de algún modo presagiaban un desenlace violento. Más bien el temor perdía terreno frente a una embrionaria adrenalina, no por la posibilidad de violencia sino por un futuro inmediato incierto y, que suponía, fructífero en términos analíticos.

Ya en el viaje había un clima de orgullo entre los presentes por “estar”. Ingresando al estadio de Colón esa sensación parecía incrementarse y contagiarse. El hecho de estar todos juntos, después de haber viajado dos días distintos más de 6 horas, en un escenario hostil por la violencia recibida y la inferioridad numérica, cantando al unísono letras que apelaban al honor, la hombría, el sentimiento y la identificación con el club, el barrio y la hinchada; Al poco tiempo, ya en el estadio nos encontrábamos festejando los goles que plasmaban una victoria parcial de nuestro equipo, siendo objeto de un sinnúmero de proyectiles –a su vez

respondidos– que iban dejando heridos, relevos y ayudas mutuas, en fin, no era necesario ser sociólogo ni antropólogo para percibir un afianzamiento de lazos afectivos y solidarios en una comunidad que se replegaba frente a un contexto hostil. Sin duda cuando entró la policía a la tribuna tuve la opción de “correr”, pero no lo hice. Tampoco decidí combatir a la policía, no me atrevía, no lo consideraba moralmente correcto y mucho menos preveía un saldo positivo. Decidí “pararme” en la tribuna. En algún punto sentí una prescripción a quedarme con la hinchada. Encuentro tres razones para tan desafortunada decisión: una subestimación galopante de la situación producto de mi desestimación en la peligrosidad de la policía y una confianza excesiva en mis nativos; una especie de embriaguez contextual que se traducía en una adrenalina situacional que me interpelaba a quedarme; y una intriga obnubilante por presenciar episodios trascendentales para mi investigación. En este caso se puede decir que las emociones me jugaron una mala pasada.

A la luz de lo dicho anteriormente, me interesa finalizar el apartado con dos reflexiones en torno a la emocionalidad en la producción y reproducción de conocimiento. La primera tiene que ver con la importancia de *situar las emociones*. A la distancia –espacial, temporal y moral– es muy sencillo caer en lecturas simplistas o juicios de valor que juzguen mis decisiones, pero cuando uno se involucra tan visceralmente en contextos de violencia, que además se materializan en personas con las que se desarrollan lazos empáticos, probablemente toda su subjetividad se vea trastocada. Uno no es el mismo antes, durante y después del trabajo etnográfico. En mi caso soy consciente de que por un momento caí en una “nimesis emocional” (Ferrel, 1998: 30) producto de un exceso de empatía con mi objeto y mis nativos. Cedí ante la seducción de “la violencia” y “los violentos”. Pero además pequé de ingenuo y ambicioso en pos de un supuesto dato etnográfico importante. Recién ahora comprendo una enseñanza de Miguez “los grados de participación (...) deben surgir de un complejo balance entre los riesgos que se está dispuesto a correr, los compromisos éticos asumidos y, claro está, la relevancia de los datos” (Miguez, 2004: 3)

La otra cuestión que mi experiencia de campo me dejó es la necesidad de incorporar la dimensión emocional en las teorías etiológicas de la violencia. Si en mi caso hubo cierta sensación de adrenalina, excitación y riesgo aventurero ¿por qué en el de mis nativos no lo habría? Seguramente las lógicas no son homologables ni mecánicamente equiparables, sino lo de situar las emociones perdería potencialidad analítica. Sin embargo algo cotejable existe. Si Geertz (1990) profesaba la sistemática comparación entre “lo propio” y lo “extraño” ¿no son comparables los cuerpos y las emocionalidades del etnógrafo y sus nativos? Ahondar en la carga emotiva de las prácticas violentas y del etnógrafo en su trabajo parece ser una deuda del

campo, que más vale traerla voluntariamente a colación antes de que se nos imponga abrupta y nocivamente.

Publicar

Hay un último punto que condensa dilemas éticos- metodológicos que se me presentaron a raíz de lo sucedido y que trataremos muy brevemente por razones de espacio, son aquellos que tienen que ver con las tensiones en torno a publicar –en su significado de “hacer público”– lo ocurrido. Los ámbitos donde se me presentaba esta posibilidad eran tres: la justicia, los medios de comunicación y la comunidad académica. Mi decisión para cada uno de ellos estuvo regida por un intento de mediar entre el respeto a la confidencialidad de mis informantes, mi propio universo moral, la seguridad de mi integridad física y mis objetivos y obligaciones académicas.

La primera posibilidad fue judicializar lo sucedido. Yo lo veía como una posibilidad cierta y muchas personas de mi entorno me interpelaban a hacerlo. Los argumentos propios y ajenos eran de tres tipos: uno de tinte más político-altruista (aportar evidencia empírica y antecedente judicial para “combatir la violencia en el fútbol” en general y la represión policial en particular), otro moral-personal (estaba convencido que denunciar y buscar un eventual responsable sería un acto de justicia) y un último argumento económico- egoísta (obtener un resarcimiento por el daño y el perjuicio recibido). Sin duda las razones eran sólidas y convincentes. Sin embargo, con el paso del tiempo pensé en las consecuencias no deseadas de lo que hubiese sido esa decisión: abrir una causa judicial, investigaciones, preguntas, policías, abogados, testigos, en fin, implicaba judicializar mi investigación, mi campo y mis informantes. Además sobre mi cabeza retumbaban las palabras de Beto “la barra se hace cargo de todos los costos y de tu tratamiento” y su permanente preocupación por mi situación: ¿eran gestos solidarios por sentirse en algún punto “responsable” de mí en su calidad de jefe de la hinchada o se trataba de un mecanismo de vigilancia y prevención para que yo no acudiera a la justicia? en la hinchada y en los bondis de Los Piratas abundaban las ilegalidades, sin duda una investigación judicial minuciosa podría haber derivado en preguntas y respuestas más que incómodas para mí y para el resto de la hinchada. Además en el universo moral de las hinchadas el simple hecho de acudir a la justicia implica deshonor y desprestigio para toda la comunidad, la justicia casi nunca es vista como una instancia legítima para la resolución de los conflictos. Por último también influyó mi desconocimiento sobre la existencia o no de un marco legal que me ampare o proteja bajo mi calidad de investigador ante eventuales

incriminaciones por parte de la justicia. Estos tres últimos puntos no solo ponían en peligro mi continuidad en el campo sino también mi propia integridad física, por lo que finalmente opte por desistir en la denuncia, priorizando así la confidencialidad de mis informantes, la continuidad en el campo y sobreponiendo el universo moral de mis nativos sobre el mío.

Después de la policía y las hinchadas “enemigas” de Los Piratas, el periodismo ocupa una posición privilegiada entre las alteridades más denostadas por los miembros de la barra. Probablemente esto se deba a que por un lado son los principales emprendedores morales que sistemáticamente imputan categorías estigmatizantes, animalizantes y etnocéntricas sobre las hinchadas; y por otro lado porque representan la constante amenaza de tornar una “verdad mediática” algunas cuestiones sobre las que en la hinchada rige una especie de código de silencio que muchas veces vi reflejado en la frase “lo que pasa en la barra, queda en la barra”. A eso se suma que el investigador, o más específicamente “el sociólogo” o “el antropólogo”, no son figuras institucionalizadas en el mundo de las hinchadas por lo que la permanente identificación que padecemos con el periodismo representa una etiqueta tan recurrente como indeseable.

Todo lo dicho anteriormente hacía que la posibilidad de acudir a los medios de comunicación masivos –oportunidad que se presentó en varias oportunidades– quedara automáticamente descartada. En última instancia no solo no existía ninguna fuerza coercitiva –moral, económica o justiciera– que me interpelara subjetivamente a realizar un descargo en dicho ámbito, sino que, por el contrario, sí sentía una fuerte restricción propia y ajena en torno a publicar mediáticamente lo ocurrido.

El último espacio para socializar lo sucedido era el campo académico. Las razones para hacerlo eran varias: necesitaba textualizar lo sucedido para, mediante el ejercicio interpretativo de la doble hermenéutica, transformar los datos de campo en “actos cognitivos” (Cardoso de Oliveira, 1994); me interesaba compartir lo sucedido y reflexionado no como catarsis personal sino como experiencia “de oficio” para discutir entre pares, una instancia más de formación profesional; estaba interpelado por mis responsabilidades laborales-científicas, sobre todo después de conseguir una beca de CONICET donde dicha “obligación laboral” ya implicaba un compromiso ético y económico frente al Estado y la “comunidad académica”; al escribir un artículo o ponencia no transgredía ningún acuerdo o deber frente a mis informantes ya que desde el primer momento aclaré, a los que pude, mis intenciones científicas en las cuales la parte de publicación representa una parte fundamental; y por último que “la academia” permite abordar lo sucedido desde una doble perspectiva que si bien no son lo mismo se pueden poner en diálogo: se trata de tensionar y articular “problemas sociales” –

violencia en el fútbol, represión policial, corrupción, etc.– con “problemas sociológicos” – trabajo de campo y violencia, identidades transgresoras, prácticas ilegales, etc.–.

En resumen, la decisión de publicar en espacios académicos y no mediáticos ni judiciales se basó en un delicado y minucioso equilibrio entre una ética de propósitos, principios y consecuencias (Noel, 2011: 129) en la que se buscó poner en el mismo rango moral mis deseos, expectativas y obligaciones personales, las del campo y sus informantes y la de la “comunidad académica” tomada como principal referente de mis reflexiones etnográficas.

Reflexiones finales

A lo largo del trabajo hemos expuesto nuestra subjetividad en un intento por sistematizar emociones, conjeturas, interrogantes y afirmaciones que se desprenden de un “incidente” de campo que represento un “quiebre” en mi investigación. Sin embargo, la utilidad y profundidad de este tipo de trabajos no depende tanto de la “naturaleza” del hecho sino de la capacidad hermenéutica del intérprete. Creemos necesaria y oportuna la proliferación de trabajos reflexivos de este tipo, principalmente en las dos “áreas temáticas” en las que se inscribe nuestra investigación:

Por un lado está el campo específico del fútbol, la violencia y las hinchadas, una “problemática” *Vox populi* en nuestra sociedad argentina contemporánea. Aunque los textos académicos sean más desoídos que atendidos por quienes toman las decisiones en la materia, nosotros debemos ejercitar la reflexividad permanente, la rigurosidad analítica y el perfeccionamiento metodológico en pos de un conocimiento científico que se cuide de no reificar las nociones estigmatizantes, etnocéntricas y reduccionistas que abundan sobre el fenómeno. Si bien no hay que confundir entre “el problema social” y “el problema sociológico” debemos saber que entre ambas dimensiones hay una delgada línea en la que cada esfera se alimenta recíprocamente de la otra. En este sentido, creemos que aportar evidencia empírica que dé cuenta de cómo todos los actores son productores y reproductores de una violencia endémica y estructural, como así también exhibir los complejos mecanismos que atraviesan las prácticas y representaciones de las hinchadas, pueden contribuir a diagramar un cuadro de situación más integral a los fines de planificar políticas públicas tendientes a gestionar, lo más eficaz y democráticamente posible, dichas conflictividades sociales.

El otro tema tiene que ver con pensar(nos) en el campo de los estudios sobre la(s) violencia(s) en general. Rodgers (2004) ha señalado la propagación inédita de trabajos sobre “antropología de la violencia” en las últimas décadas. Sin duda representa un dato bienvenido, ahora bien, en un contexto de inflación analítica y empírica el riesgo de la cacofonía acecha. Una de las estrategias más eficaces para combatir dicho peligro es ejercitarnos en la práctica reflexiva –y en su posterior sometimiento a discusión entre pares– sobre nuestro trabajo en el campo, la decodificación de datos, su textualidad y las consecuencias que acarrearán nuestras producciones. Y para ello el énfasis reflexivo sobre nuestro oficio es vital. No porque la reflexividad sea un fin en sí mismo sino porque a través de ella nos interpelamos sobre los tipos de datos que construimos y las formas en las que los comunicamos. Si la práctica científica condensa un sin número de relaciones sociales y emocionalidades es tan lógico como necesario preguntarnos por ellas, de otra manera estaríamos negando el carácter social de nuestro oficio.

Bibliografía

- Alabarces, Pablo (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*. Buenos Aires: Capital Intelectual,
- Alabarces, Pablo y otros (2013): “Diagnóstico y propuestas para la construcción de una seguridad deportiva en Argentina”. En: *Ímpetus*, revista de la Universidad de los Llanos (Unillanos), vol. 7, n° 8: p. 59-65
- Auyero, Javier y Grimson, Alejandro (1997): “se dice de mí...” notas sobre convivencia y confusiones entre etnógrafos y periodistas.” En: *Revista apuntes de investigación*, n°1: p. 81 a 93.
- Bourdieu, Pierre (2010): *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama
- Bourdieu, Pierre. (1993): “Los ritos como actos de institución”. En: J. Pitt- Rivers, J. y, J. G. Peristiany (eds.), *Honor y Gracia*. Madrid: Alianza Universidad.
- Bourgois, Philippe (2010): *En busca de respeto: vendiendo crack en el Harlem*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.
- Cabrera, Nicolás (2013a): “Etnografía, violencia y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano de Córdoba”. En: *X RAM: Reunión de antropología del Mercosur 2013*, Universidad Nacional de Córdoba, Facultad de Filosofía y Humanidades, del 10 al 13 de Julio del 2013

- Cabrera, Nicolás (2013b): "De corporalidades masculinas, aguantadoras y populares. Violencia, identidad y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano". En: J. Garriga Zucal (comp.), *Violencia en el fútbol: Investigaciones sociales y fracasos políticos*. Buenos Aires: Ediciones Godot
- Cabrera, Nicolás (2014). "Territorios peligrosos: espacialización de las prácticas violentas y lógicas identitarias. En: D.L. Qutián Roldán y otros (eds.), *Naciones en campo: fútbol, identidades y nacionalismos en América Latina*. Armenia: Kinesis
- Cardoso de Oliveira, Roberto (1996). "El trabajo del Antropólogo: mirar, escuchar, escribir." *Revista de Antropología*, N° 39:1. pp 13 a 37.
- Ferrel, Jeff (1998): "Criminological Verstehen. Inside the immediacy of Crime". En J. Ferrel y M. Hamm (comps), *Ethnography at the Edge. Crime, Deviance and Field Research*. Boston: Northeastern University Press.
- GarrigaZucal, José (2007). *Haciendo amigos a las piñas: violencia y redes sociales de una hinchada de futbol*. Buenos Aires: Prometeo
- Garriga Zucal, José (2012) "Josecito, te van a cagar a piñas. Miedo y sentido común en el trabajo de campo". En: *Estudios en Antropología Social*, vol. 2: p. 15 – 23.
- Geertz, Clifford (1990): *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisea.
- Gil, Gastón (2007): *Hinchas en tránsito: violencia, memoria e identidad en una hinchada de un club del interior*. Mar del Plata: EUEM
- Guber, Rosana (2011): *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- Miguez, Daniel (2004) "El cuerpo en juego: La práctica etnográfica en contextos de violencia". En: *Ildas Jornadas de Etnografía y Métodos cualitativos*. Buenos Aires: IDES
- Moreira, Verónica (2005). "Trofeos de guerra y hombres de honor". En: P. Alabarces (ed.), *Hinchadas*. Buenos Aires: Prometeo
- Noel, Gabriel (2011): "Algunos Dilemas Éticos del Trabajo Antropológico con Actores Implicados en Actividades Delictivas" En: *Ankulegi. Revista de Antropología Social*, vol. 15: p 127 - 137
- Rodgers, Dennis (2004): *Haciendo del peligro una vocación: la antropología, la violencia y los dilemas de la observación participante*. En: *Revista española de investigación criminológica*, nº2: p. 1- 24.
- Wacquant, Loic. (2006): *Entre las cuerdas: Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores Argentina.

Weber, Max (1994): Economía y sociedad: Esbozo de sociología comprensiva. México: Fondo de Cultura Económica.